

Estadios de la vida

Escribe: ALBERTO LONDOÑO ALVAREZ

Cada obra de arte presupone un hombre que la ha creado. Un hombre con todo lo que posee de aptitudes para su oficio y de fuerza interna de visión; un hombre formado por sus ascendientes, su generación, su pueblo, su nación y su raza; un hombre que nació en el estilo de su época y que vive en el estadio de la vida que el curso natural de las cosas le depara. Porque no solo es la época de la historia, sino también la época de la vida, lo que prescribe al individuo su estilo; o, hablando más exactamente, lo que limita ciertos mundos de posibilidades, entre los cuales el hombre creador queda, en cierta manera, libre para producir lo bueno o lo malo, lo fuerte o lo débil.

Un hombre de veinte años no puede pintar como Rembrandt anciano o componer como Beethoven sordo, no porque le falte el genio, sino la edad y las dolorosas experiencias interiores.

La juventud no propende a escuchar razones sobre estos enlaces del arte con el orden natural de la vida. El joven cree firmemente que la manera que él tiene de ver y realizar las cosas es la manera perenne de verlas y realizarlas. En

la juventud no se sospecha aún que los actos, pensamientos, deseos y aspiraciones no reciben solamente su color del libre albedrío, sino también del propio estadio de la vida.

El significado de un cambio lo comprende más que nadie quien está en trance de cambiar. La juventud se resiste con todas sus fuerzas a este punto de vista, porque teme que se paralicen sus actividades. Todo hombre sano realiza las cosas como si tuviese que vivir eternamente, como si tuviese ante él un tiempo infinito, como si dispusiese de fuerzas inagotables. Las leyes de la mudanza y del parecer las sitúa lejos, en unas distancias de tiempo inimaginables. Cree que las verdades que descubrió siempre se mantendrán firmes, y no cree separarse nunca de las opiniones que se ha formado.

El joven tiene el gusto de los estados de tensión, del manifestarse, del realizarse ante el mundo, ante amigos y enemigos. Ha de poner a prueba con la lucha la acometividad de sus fuerzas. Si a tales fases de transición las llamamos como los alemanes *Sturm und Drang* (borrasca y empuje), como en las altas regiones literarias, o

“años de adolescencia” como en la vida cotidiana, lo cierto es que andamos buscando un nombre adecuado para el estilo artístico de este período de la vida. El estilo de los años de aprendizaje y divagación de un artista es realmente importante por cuanto contiene los gérmenes del futuro y, en ideas y promesas, todo lo que la vida llevará en sazón, y aún aquello que se agostará en flor.

Nuestra veneración es para los viejos maestros, pero nuestro amor es para la juventud. En la vida, como en el arte, se ha de atender siempre a la actividad de los más jóvenes de una generación creadora. Para saber qué rumbo toma una nación y qué vitalidad tiene, pregúntese por su juventud.

Es preferible consagrar un talento con demasiada anticipación, que reconocerlo con demasiada tardanza. Preferible es equivocarse con los revolucionarios, que mantenerse excesivamente fieles a los académicos.

La juventud puede encontrar mil razones para no ser muy considerada con lo viejo, pues lo viejo solo puede interpretarse cuando uno mismo comienza a encanecer. Pero cuando el hombre de años no interpreta el pensamiento y las normas estructurales de la juventud, aunque a su debido tiempo él mismo haya atravesado esta zona, solo puede defenderse con la facultad del olvido.

Las diferencias en el lenguaje artístico de los maestros jóvenes y de los viejos pueden explicarse por las diferencias superindividuales en la situación de la vida en la juventud y en la vejez y en mudanzas naturales, físicas, o de índole síquica.

La tarea de orientarse en el mundo y de llegar en él a soluciones claras, es el contenido esencial de la juventud. Cuanto más envejece el hombre, tanto más retrocede y se aflojan sus relaciones con el mundo exterior. “El viejo —así hablaba Goethe, después de haberlo vivido— pierde uno de los mayores derechos humanos: ya no es juzgado por sus semejantes”.

A derecha y a izquierda, la vida va arrebatándonos a enemigos y amigos, los compañeros de nuestros tiempos y, finalmente, solo deja para el anciano un don postrero: la experiencia y una glacial sabiduría.

La afirmación de que con la pérdida de la agilidad física se pierde también la agilidad del alma, es, cuando menos, muy osada. A las alteraciones de estructura de la personalidad creadora con la vejez pertenece el buen gobierno instintivo de sus medios, su economía artística.

Limitación a lo poco y esencial. En lugar del individualismo, una inclinación al tipismo, simplificación y sentido del conjunto, son características inequívocas del estilo de la ancianidad, que no se explican solamente por la economía en el uso de sus fuerzas (cosa general en el hombre que ha vivido largos años), sino por la proximidad de la muerte que altera los valores. Cuando sobre el camino descende la sombra de las postrimerías, se altera el aspecto y el peso de las cosas. Lo condicionado por el tiempo cede su sitio a los valores seculares. A los ancianos no los atrae lo temporal, sino el imperio de lo eterno, a cuyo umbral van acercándose inexorablemente.

Esto quiso significar Goethe cuando dijo que en la ancianidad todos somos místicos. Y así en el estilo de la vejez, no solo se mudan las formas y las fórmulas, sino también las ideas. Las últimas obras de los grandes artistas ancianos usan otro idioma que las de su juventud y expresan otros conceptos.

Es grandioso el espectáculo del madurar de una personalidad creadora, el seguir cómo va completándose una vida en el doble sentido de alcanzar su término y su mayor eficiencia. El estilo de los que murieron prematuramente constituye la trágica contrapartida del de la vejez, y lleva nuestra atención a las relaciones entre la duración de la vida y la forma artística. El presentimiento, o la seguridad, de que su vida es breve, les constriñe a un estilo que viene a ser la realización en formas visibles del mundo de los que van a morir prematuramente.

Los que mueren prematuramente no tienen tiempo para divagar en

lo bello e inacabado de la juventud. Apresuran su marcha y saltan sobre los naturales estadios intermedios; no conocen el reposado madurar. Homero, que dormitaba a veces, vivió largos años; los que mueren jóvenes han de estar siempre vigilantes. Atraviesan las fases de la evolución de la vida con inaudita rapidez. La abundancia copiosa de sus obras se aprieta en el angosto espacio de unos pocos años llenos de un deleite febril de creación.

Lo que a las creaciones de estos predestinados a una muerte próxima les falta en equilibrio y acabado, lo sustituye y suple lo que llamó Fontane "el melancólico encanto de aquellos que salen pronto de la vida". La naturaleza es justa. Si quita, también otorga. Quita duración a la existencia, duración que a tantos concede; pero otorga a unos pocos la noble ejecutoria de una legión de escogidos.

Los que morían jóvenes, eran considerados por los griegos como predilectos de los dioses.